



TIPOS POPULARES

EL HOJALATERO



AÑO III
 Nº 141
 Noviembre 8 de 1896
 PRECIOS-SUSCRICION
 MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equiva.
 lente, con el aumento del franco.
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

«¡Eh!... Jalatiero, marchante!»
 Así con cosa barata
 nos va a dar éste la lata
 hasta que quede cesante.

El todo no vale un cero,
 y esto lo entiende el más romo,
 pero ya sabemos como
 las gasta el hojalatero.

SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag, Desesperaciones».—«Historiaza», por José María Solís y Montoro.—«Para Ellas, Orientales», por Estrella Nevares.—«Cosas sobre el abanico», por A. García Llansó.—«Telología», por J. Sabau y Romero.—«En el andén», por Vicente Rubio.—«Album», por Mathus Hinrichs.—«Epigramas»,—«Teatros»,—«Alliteritos», por Juan Manuel Callego.—«Sports», por Zapicán H.—«El ideal», por José Muñiz.—«Frases hechas»,—«Apellidos conocidos, etc.».—«Soluciones»,—«La diplomacia ante todo», por Navarrete.

GRABADOS.—«Tipos populares, El hojalatero»,—«La gallina ciega», por Wimplaine II.—«La señorita Chichi Castellanos», por Aurelio Giménez.—«¿Cómo «cambean» los tiempos!», por Poveda.—«La diplomacia ante todo», por Navarrete, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.

DESESPERACION



ESCRITO PARA EL NÚMERO ÚNICO DE LA SOCIEDAD DE SEÑORAS DE SAN VICENTE DE PAUL.

Son cosas de fin de siglo; que no parece sino que el nonagenario, resistiéndose á morir, arma un pataleo de todos los demonios y desquicia cuanto con él tiene que ver por cualquier circunstancia.

De aquí la neurastenia, el socialismo, las morcillas pasadas y demás cosas que nos hacen vivir rabiando.

Pero hay que conformarse con ello, pues que así viene. Por otra parte, los adelantos de que somos testigos, compensan en parte los defectos de nuestro individuo.

Porque, eso sí, como adelantos y recursos, los ha traído el siglo capaces de asombrar á una sopera.

Ante todo, la universalidad de conocimientos que ha venido á ser extraordinaria. Habíase consagrado como ley la de la división del trabajo, que, al fin y al cabo, era una paráfrasis del conocido consejo «pastelero á tus pasteles»; pero el fin de siglo dió al traste con la ley, y hoy en día, como se detenga uno á leer las chapas de puerta de calle, descubre individuos que son un diccionario enciclopédico encuadrado en pellejo humano.

Eso de leer: «Fulano de Tal, Médico-cirujano-partero-plebótomo y oculista», es cosa común, y á nadie extrañaría ya una chapa que anunciara: «Contemporáneo García, corredor, comisionista, rematador, liquidador, ama de cría y verdugo».

Porque así, la miseria y la necesidad de alimento apuchado, obliga á muchas personas de bien á ejercer oficios indignos del sexo. *Verbi gratia*: los sastres y profesores de baile con familia anexa.

Pero la época nos reservaba estas sorpresas y hay que mirarlas por el buen lado.

Antes, por ejemplo, al chico que nacía con la cabellera como hecha de tachuelas bravas, había que dejarlo con aquella barbaridad en la cabeza, ó raparle la cabellera, ó cortarle la cabeza.

Ahora nó; ahora ya no son los tiempos en que «para los padres no había hijo feo»; hoy en día ni para los padres ni para nadie, porque se arreglan los individuos á gusto del cliente, y la pequeña que salió al mundo con la cara como un tizon vestido de luto, llega á la pubertad blanca como un queso de chiva pálida.

De ahí que de pronto, veamos en el teatro ó en el paseo á todas las señoras con el cabello graciosamente ondulado, como si se hubiesen puesto de acuerdo los pelos para eso, ó con la cabeza dorada, como el vello-cino de oro.

Y hé ahí el caso en que uno no sabe donde se han metido las de pelo lacio, ó las morochas de cabellera de azabache, y piensa que si quiere tener una esposa en estas condiciones vá á tener que darle de betún en la cabeza.

Pero, es claro, todos estos adelantos no pueden evitar los efectos de la vida eléctrica pero poco alimenticia y mísera que lleva la gente, y el número de individuos desesperados y con los pantalones cortos es enorme; en tal caso unos optan por pegarse un tiro, otros por pegarle á cualquiera, y otros por vivir al fiado almorzando solo aceite de hígado de bacalao con hipo-fosfitos y con hipo permanente al natural.

Así no es raro hallar gente en mal estado de ánimo por todas partes.

—¿Y el señor Lopez? pregunta uno en una casa amiga de uno y del señor Lopez.

—¡Ah! contesta la señora. Está completamente desesperado! Se pone así cuando le dá por hacer versos.

—¿Y los hace?

—No los hace, pero cualquier día vá á hacer un asesinato. Se pone terrible cuando no encuentra un consonante á Pisistrato, que está buscando hace tiempo. ¡Y allá es el arrancarse los pelos!

—¿Se arranca los pelos?

—El nó; se los arranca á su mujer, cuando grita: «Un consonante á Pisistrato, por Dios» y ella le dice: «Pusinia, hombre!... Entonces él trema de ira, y jura que la vá á dividir.

—¿Qué bárbaro! Lo hará cualquier día.

—No, que! Hasta ahora solo se ocupa de la multiplicación.

—¿Tiene muchos hijos?

—Sí; pero tiene cara de conejo.

Estas cosas son tristes.

Pero variadas también. Porque á otros les desespera la familia. Yo conocía uno de estos.

—Estoy completamente desesperado!—exclamaba cada vez que me veía con anteojos.

—¿Pero qué le pasa á usted, don Cleofe? preguntaba yo cariñosamente.

—¡Ah! la familia!—decía.—Si usted viera lo que es aquella casa! Ayer cayó en la sopa de tortuga un pedazo de jabón! Es claro: la tortuga murió envenenada en la sopa, figúrese usted!... Grité á mi mujer... ¿sabe usted lo que me contestó?

—Yo no...

—Yo sí. Que con el jabón tenía que estar más limpia la sopa, porque el jabón limpia. Le tiré con cien velas por la cabeza y sali de aquella casa decidido á beberme la alcuza del petróleo.

—No lo haría usted.

—No, porque luego iban á querer sacármelo para echarlo á las lámparas. Pero cualquier día arrojé mi físico á la vía pública y me rompo la sétima costilla.

Y acabó con una costilla rota, pero se la rompió su mujer que es muy resuelta aunque sufre de las muelas.

Así hay muchos mártires de esta época de las desesperaciones abundantes y de los específicos de Humphreys.

Un jóven, amigo mío y mal afeitado, padecía verdaderas hemorragias de desesperación, porque se le desbordaba la amargura y parecía un ajenjo con chuletas. Faltarle el dinero del bolsillo, faltarle el fondista á él y faltarle él al fondista, todo era uno.

Entonces me decía:

—Estoy en el paroxismo de la desesperación!

—Tenga usted paciencia, decíale yo. Deposite su esperanza en el porvenir...

—Hombre,—gritaba él—cuando le digo que estoy desesperado, no sé de dónde he de sacar esperanzas que depositar.

Y se echaba á arrancarse unos pelos muy feos que tenía en la nuca.

Hasta que le dije:

—Pero amigo, parece mentira que se entregue á tal desesperación un jóven que, como usted, tiene tales prendas morales.

—No me hable usted de mis prendas morales.

—Pero hombre, ¿por qué?

—Porque son las únicas prendas que no he podido empeñar.

Esto era cierto.

Historiaza

La junta interior quería, en no sé qué sociedad, reunir cierta cantidad que á unos ingleses debía.

Para buscar solución y, como pagar pensaron, los de la junta, acordaron celebrar una sesión,

En la cual el Secretario, en un discurso elocuente, según dijo seriamente, pagar era necesario.

Pero añadió, que el cajero tales deudas no pagaba, porque aseguró que estaba la sociedad sin dinero.

Presentada la cuestión, y cou el fin de allegar recursos, para pagar, allí en la misma sesión,

El cajero rogaria que cada socio algo diera, y el que á dar se dispusiera aquel se levantaria.

El cajero preguntó: ¿Dan algo los asociados?... Todos quedaron sentados y el acta se levantó.

JOSÉ MARÍA SOLÍS Y MONTORO



Orientales

Nos decidió á hacerlo un afán pretencioso, si se quiere, pero bien inspirado y patriótico. Ni más ni menos.

Qué hacerle! Por muy simpática que nos sea la publicación, y que nos lo es mucho, machísimo, nos dejó descontentos la representación de la feminidad uruguaya en el último volumen del *Almanaque Sud Americano*.

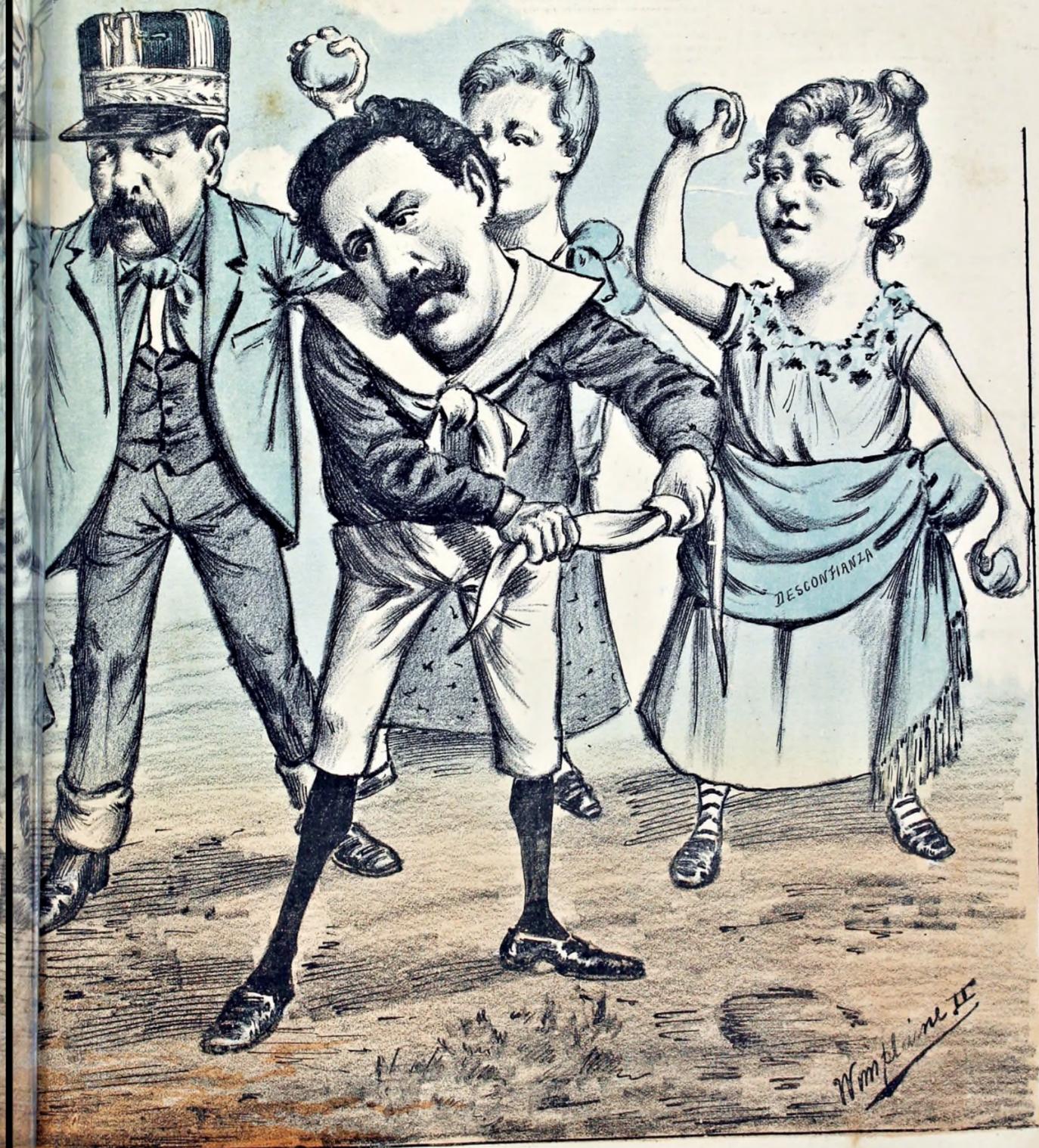
No es que la niña cuyo retrato publicó el almanaque como «specimen» de belleza uruguaya carezca de gracias, no; ni mucho menos.

Es que el dibujo, ó el procedimiento de repro-



Finney
1896

LA GALLINA CIEGA



ducción le quitaron no pocas de las que la Naturaleza le diera, y nosotros no debemos pasar porque se crea afuera que así, nada más que así, son las jóvenes de un país que se enorgullece de tener las mujeres más hermosas.

Esto nos decide á empezar una galería de Orientales, concediendo á la reproducción de los retratos una atención y un cuidado excepcionales, á fin de que esta galería sea para nuestras lectoras un obsequio de valor.

Es cierto que hemos publicado ya muchos, y aún entre ellos el de Chichi Castellanos, que hoy abre la marcha triunfalmente; pero aquello no era esto, y no siéndolo, esto es nuevo y será muy bonito, si Dios y la litografía, que es muy traidora, ayudan á nuestro dibujante.

Fitz Patrick nos ha prometido para ello negativos magistrales, de esas obras maestras de gusto que él hace; Chute y Brooks no quedará atrás, y Calligaris y Dolce no han de ser menos.

Claro es que preferiremos los retratos nuevos, de distinta composición ó postura, á los que ya poseemos, como se ve en el de hoy, delicada muestra del gusto de Fitz Patrick.

Y cuando hayamos publicado unas cuantas, entonces verán los de América lo que son las bellezas uruguayas.

Y cuidado que esto no es capricho mujeril, sino empeño patriótico.

Siempre á las órdenes de ustedes

ESTRELLA NEVARES.

Cosas sobre el abanico

RETAZOS DE MUCHÍSIMA OCASIÓN

El abanico más precioso y rico, de artístico y trabajado varillaje, en manos de una inglesa, por ejemplo, es un objeto frío, sin expresión, impropio, vulgar y hasta ridículo. Sus movimientos son pesados, sin gracia, rígidos y mudos. En cambio, manejado por una española, cobra expresión, adquiere fuerza, vigor y vida, imprime tonos y forma el complemento de ese conjunto de gracia, sencillez, malicia, travesura y sentimiento que expresan unos ojos negros, velados por sedosas pestañas, de los que brotan el fuego de la pasión ó el desdén más completo. De objeto inútil conviértese en aditamento de gracia y arma de encantadora coquetería, peligrosa siempre para el hombre enamorado que deja su corazón prisionero entre sus dobleces.

Cuentan, sin embargo, empolvados y mugrientos cronicones, que en el ya citado siglo XVI, existía en la corte de las Españas una ilustre dama, doña Inés de Mendoza, que lo manejaba admirablemente; que la caprichosa Catalina de Médicis, comisionó á una de sus camaristas para estudiar y aprender los movimientos que aquella imprimía al abanico, resultando del informe emitido que se elevaban á noventa y nueve distintas posiciones las que podían aplicársele, que eran las que usaba nuestra graciosa paisana.

Esto parece mentira, pero... quizá lo es.

Existen abanicos para teatro, calle, paseo, visitas, tertulias y bailes; de verano é invierno, para la ciudad y para el campo. Los hay chillones y severos, tristes y alegres, castos y complacientes, risibles y serios, incitantes y virtuosos, así como de distintas clases y materias; de oro, nácar, marfil, ébano y sándalo, vestidos de papel chino, tafetán ó raso, y adornados con perlas, diamantes y preciosas miniaturas. Sobre la tela han corrido los pinceles de Rubens, Bouchery, Wateau y otros renombrados pintores, representando sumas importantes la colección de los que poseen algunas de nuestras elegantes.

Debemos convenir, sin embargo, que aunque su uso se ha generalizado extraordinariamente en estos tiempos, no ha llegado á alcanzar todavía la importancia de que goza en China y en el Japón, países en donde es tan indispensable, que puede decirse, sin pecar de exagerados, que forma parte integrante del individuo, sea cual fuere la clase y sexo á que pertenezca.

Con él guarécese la mujer china de los rayos del sol, y sobre él á guisa de bandeja coloca la japonesa los dulces con que obsequia á sus amigos. El mendigo lo abre y lo extiende para recibir la limosna, y el elegante lo maneja cual si fuera un ligero junquillo. En la mano del atrabiliario dómine conviértese en peligrosa férula y en libro de rezo para el bonzo que, conservándolo abierto, lee en él las plegarias escritas en raros y extravagantes caracteres.

En la vieja Europa, danse distintas y diversas aplicaciones al abanico. Existen abanicos-anuncios de determinadas industrias, y abanicos-guías en los que se halla impreso un mapa y todas cuantas no-

ticias puedan ilustrar al viajero para recorrer el país que desea visitar, sin el dispendioso conocimiento del cicero.

Con el abanico ha empezado á establecerse un sistema de signos convencionales, tan exactos como los que se indicaban en las torres ópticas, en la infancia de la telegrafía; existiendo también un lenguaje especial, que nada tiene que envidiar al que expresan las flores en sus atinadas combinaciones.

Si importante es, para la mujer en general, saber manejar el abanico, mucho más trascendental es para la actriz. En manos de ésta puede ser ó dejar de ser. Lo mismo puede significar, para el espectador, un puñal que el cetro de una reina. Con él se eleva ó vulgariza la artista. Movido inteligentemente da fuerza á sus palabras, pide protección, hace concebir una esperanza, acaricia ó rechaza; amenaza ó perdona, anima, se incomoda, llora, rie, sirve de defensa ó de instrumento de castigo, ó por último, encubre y defiende.

¡Cuántas veces la tela de un abanico, abierto oportunamente, oculta el rubor de la vergüenza, y cuántas ha sofocado intencionadas palabras, pronunciadas con el solo objeto de engendrar la duda, los celos ó la desesperación!

Y sin embargo, no es posible concebir una mujer hermosa, sin el adorno que le presta el abanico, ni con él puede existir alguna que se la considere como verdaderamente fea. Todo consiste y depende de ese bello instrumento, de ese precioso juguete.

Y se acabó el himno.

A. GARCÍA LLANSÓ.

Telología

Casado está con Tomasa, hace dos años, José, y ella yo no sé por qué hace que siempre esté en casa. Y José dice:—Me choca, que si hablo de ello á un amigo diga que opina conmigo, que mi mujer está loca. Y á continuación escucho, y hace que la razón pierda, «que no es loca, sino cuerda, porque me sujeta mucho.»

J. SABAU Y ROMERO



—¡Qué jefe! ¡Cuánto galón!
—Es coronel y su acero....
—Pero si yo me refiero al jefe de la estación!

—¡Vaya un mundo!
—En él yo gozo, porque este mundo....
—Facundo, si yo me refiero al mundo que lleva ese pobre mozo!

—¡Qué sombrerera! No espero ver otra....

—¿Tan grande y buena?
—Me refiero á esa morena, que es mujer de un sombrerero.

—¡Qué tren! ¡Qué tren!
—Aun no es hora de que salga, lo sé bien.
—Si yo me refiero al tren que lleva esa gran señora.

VICENTE RUBIO.

ALBUM



Honramos hoy nuestras columnas con la confesión de uno de nuestros más grandes y notables literatos, así como el más ilustre de todos los críticos de arte de Sud América.

A causa de la modestia que caracteriza su carácter, no hemos podido lograr que nos permitiera poner su nombre á la cabeza de sus confesiones, pero en cambio, después de muchas súplicas, él ha accedido para que pongamos el pseudónimo que le ha hecho célebre, el nombre de guerra de nuestro único bardo (porque él es también muy bardo). Raul de Alceda!

He aquí la confesión:

P.—¿Qué color prefiere Vd.?

R.—El color de la tempestad, y á no ser tan modesto como soy, preferiría el de mis mejillas.

P.—¿Qué olor prefiere Vd.?

R.—El del aliento de la niña que me inspiró el notable «Diario de una novia».

P.—¿Qué manjares son los que más le agradan?

R.—Pétalos de rosa con la miel que destilan las palabras de mi amada ó las ilusiones con que me alimentaba cuando era niño.

P.—¿Qué cama prefiere Vd.: dura ó blanda?

R.—El catre en que duermo participa de las dos cualidades.

P.—¿Cuál es su ocupación favorita?

R.—Reventar á las musas, destripar las metáforas y elogiar desinteresadamente á todo el que se declare asesino de la pintura.

P.—¿Cuál es la hora del día más agradable para Vd.?

R.—La hora en que voy á entregarme en brazos de Morfeo y á soñar con la regeneración del arte.

P.—¿Cuál ha sido el día más alegre de su vida?

R.—Aquel en que me convencí de que mi poderosa inteligencia no era comprendida.

P.—¿Y el más triste?

R.—Aquel en que me convencí de que tenían razón para no comprenderme.

P.—¿Qué artistas ama Vd.?

R.—Al seráfico Dolce (compadre de Tamagno), al divino Sabat (á Brocha gorda, y al espiritual Alamo (á Pino blanco).

P.—¿Qué literatos ocupan un lugar preferido en su corazón?

R.—Samuel Blixen, Caracciolo Aratta, Camilo Vidal y Benjamín Fernández y Medina.

P.—¿Y críticos?

R.—Amo á Pérez Petit!
 P.—¿Qué música prefiere Vd.?
 R.—La alemana, porque participa de las mismas cualidades que mis artículos: nadie la entiende.
 P.—¿Qué amigos tiene Vd.?
 R.—Yo les llamo á los muertos mis amigos y les digo á los vivos mis verdugos.
 P.—¿Cuál es su aspiración más grande?
 R.—Que no me titeen más.
 P.—¿Y su deseo?
 R.—Poseer un diario para escribirme siluetas auto-laudatorias.
 P.—¿Cuál es la novela de su predilección?
 R.—«El diario de una novia» y otra idéntica que tengo en preparación.
 P.—¿Cuáles son los filósofos que ha leído Vd.?
 R.—Los únicos, Prudhume el altruista y Guyau... por eso los he citado y cito en todos mis artículos.
 P.—¿Qué personaje de novela ó drama le agrada á Vd. más?
 R.—El que sea más casto y puro.
 P.—¿Y de la vida real?
 R.—El coronel Toledo.
 P.—¿Qué nombre hubiese Vd. elegido á no tener el tan gracioso que usa?
 R.—Francisco Caracciolo Aratta, ó el Mariscal Yamagata.
 P.—¿Cuál es la profesion que más le gusta?
 R.—La de verdugo ó esposa de Jesús.
 Un pensamiento suyo.—

«El amante desesperado que no beberá jamás el vino capitoso del beso en la copa de coral de la boca amada» es como la enhiesta y majestuosa roca de la playa que nunca podrá arribar por su propio impulso á beber los dulces besos capitosos en la sublime, prolífica é inmensa copa del profundo, tempestuoso y sombrío oceano.»

Raul de Alceda

Por la copia

MATHUS HINRICHS

EPIGRAMAS

Un acróbata aplaudido de musculatura enérgica á su familia sostiene mostrando á todos su fuerza. El ejercicio es violento pero él tiene, aunque no quiera que sostener á su prole para poder sostenerla.

Me he de casar con Arturo, exclamaba Elisa Puente, y tendré seguramente un buen porvenir futuro. Más eso es de presumir, como le espera y no viene hace ya tiempo que tiene su futuro por venir.

La conversación que tiene es tan pesada que nadie su conversación sostiene.

Cuando al cirujano ví en el hospital, ayer, la autopsia de una mujer hacía cuando yo fui. Se encontraba el cirujano estudiando el corazón, y me estubo hablando, con EL CORAZÓN EN LA MANO.

Hay un dentista llamado Antón Lúcas Marcos Roque... el cual dicen que es muy bueno y que tiene mucho nombre.

TEATROS

Con *L'Maitre des Forges*, se estrenó el jueves la compañía Módena en el Pabellón Nacional.

Una numerosa concurrencia premió con nutridos aplausos á los correctos intérpretes del drama de Onett.

SAN FELIPE. —El miércoles tendrá lugar en este simpático teatro la función á beneficio de la Asociación de la Prensa con *El sombrero de copa* y *El Reclamo*.

Inútil es decir la numerosa concurrencia que asistirá esa noche á San Felipe, con decirles que

hablando esta mañana con Oliva me ha dicho que ya hay gran cantidad de localidades tomadas. Ya se pueden ustedes hacer una idea de como va á estar esa noche el teatro. Con que apurarse si es que quieren destornillarse de risa viendo al «Teodorito» de *El Reclamo* hecho por Gil.

¡Cómo «cambean» los tiempos!

POR POVEDA



El propagador de la poesía en los tiempos del rey que rabió.



El propagador de la poesía en los tiempos en que rabiamos todos.

Alfileritos

Rafael, que era muy rico, en el juego, el otro día perdió cuanto poseía,

y se arruinó el pobre chico. Y hoy al verle muy tronado, uno dijo:—No comprendo cómo va tan mal, haciendo muy poco que lo han limpiado.

—Obra póstuma, ¿qué es? preguntaba el otro día á su profesor García el discípulo Ginés, y tras de haberlo pensado le contestó el profesor: —Pues, lo que escribe el autor después de estar enterrado.

JUAN MANUEL GALLEGO.

Sport

Con un variado programa se efectuará hoy en Maroñas la fiesta hipica anunciada ya por el Jockey Club.

Las seis pruebas de que consta el programa son de difícil solución, pues además de encontrarse anotados en ellas elementos de primer orden, figuran algunos debutantes que pueden producir el descalabro de la sabia cátedra.

El premio de más interés será á no dudar el que lleva por nombre «Guerrillero». Será sobre un tiro de 1200 metros hallandose anotados «Rastreador» con 53 kilos, «Milán» 44, «Dictador» 54, «Esfinge» 60, «Prisionero» 44, «Pegaso» 48, «Triunviro» 53 y «Maray» 52.

¿Quién será el ganador? Difícil es poder hacer pronóstico, pero apesar de eso y teniendo en cuenta nuestra misión los daremos. Helos aqui:

- 1.ª carrera.—«Olimar».
- 2.ª » —«Rastreador».
- 3.ª » —«Artois».
- 4.ª » —«Vesubio».
- 5.ª » —«América» batatazo «Cuartelero».
- 6.ª » —«Zig Zag», «Alastra»

Hay se debe correr en Buenos Aires el Premio «Comparación» en el que tomará parte «Imperio». La carrera será sobre un tiro de 1800 metros y además de «Imperio» se hallan inscriptos «Porteño», «Imposible», «Alacrán» y otros de los tigres con que cuenta el turf argentino.

ZAPICAN II.

El ideal

Volvió de la guerra el buen Bernardo tras una ausencia de bastantes años Espiritu batallador que se rendía entonces ante la perspectiva de dulcissimas laxitudes en su hogar. ¡En el hogar suyo!... En el hogar en que dos viejos quedaban esperando su vuelta, concertando los suspiros con el chisporrotear de los troncos de leña, últimos compañeros de su última invernada en la tierra, y caserón de alimañas á su vuelta, abandonado, en ruinas.

El campanario del pueblo, visto con regocijo al trasponer la montaña á que tantas veces había conducido sus rebaños. La fuente en que, al beber, dió un beso en la mejilla de la zagala, madre á la sazón de cuatro ó cinco arrapiezos; el lugar en que fijaba sus rediles; la cruz de piedra ante la cual se descubría por instinto cuando, ya puesto el sol, regresaba á la casucha.

Todo pasó inadvertido para Bernardo al regresar á su patria. Allí no existía ya nada para él. Rico, con posición ganada en los campos de batalla, rendido en las luchas, iba solo á escoger el sitio en que habria de levantar su casa, para que fuera nido de amores, en el que el militar queria esperar tranquilamente la vejez.

Pero buscaba un imposible. Buscaba una mujer inocente... El habia corrido el mundo. Odiaba la ignorancia en sus años primeros; pero le hacia daño la malicia en la mujer. No se explicaba que en seres con cara de ángeles pudiera existir un destello de fuego de satán. Decidió, pues, buscar la mujer con que soñaba. Decididamente debía existir.

¿Habria de ser todo insensatez en la tierra? Ningún sitio mejor para nido de sus amores que aquel en que estubo la casa donde murió aquella vieja, la primera mujer que le idolatró en el mundo.

Las del pueblo le parecieron zafias y maliciosas.

Se fué á la ciudad mientras se construía la que había de ser para él última morada en la tierra. En ciudad debía haber de todo. Entre tantas mujeres ¿no existiría una capaz de llegar á su ideal en punto de inocencia?

Pasaron meses y pasó un año y el buen Bernardo no logró su afán. El quería descubrir á su esposa los secretos de la maternidad y la más pura de las mujeres lo sabía todo y Bernardo se enfurecía contra el «malvado» autor de tales enseñanzas y empezaba á desesperar del logro de su ambición.

Fué una tarde á la plaza Libertad. Allí jugaban al corro muchas niñas vestidas con trajes de alegres colores. Todas hermosísimas radiantes de alegría. Imaginó Bernardo ser el padre de todas aquellas criaturas á quienes acarició entusiasmado y compró dulces, barquillos y banderolas.

Todas, agradecidas á sus regalos, le llenaron la cara de besos con sus boquitas en las que él aspiraba el suavísimo perfume de la inocencia. Todas le echaron al cuello sus bracitos adornados con encajes y cintas de colores.

Bernardo se entristecía al pensar que cuando aquellas niñas tan puras é inocentes pudieran ser esposas, no quedaría nada de aquello que estaba siendo su encanto.

De pronto palideció Bernardo. Acababa de perder la esperanza de lograr lo que era su ambición.

Aquellas niñas siguieron jugando al corro y cantaban unas cosas...

Pero ¿qué significaba en boca de aquellos serafines aquella canción de letra tan intencionada

«Si pasas por mi casa,
tilín
repara en el balcón
tolón
y allí verás la jaula
tilín
y el pájaro voló.»

Y ¿qué querían decir aquellas niñas cuando cantaban

«Yo le vi subir
por la calle arriba
y le vi entrar
en casa de la querida!»

Se alejó de allí decidido á volver á su pueblo y á renunciar á su ideal. No había mujer inocente, cualquiera fuese su edad. Mas al partir, hubo de detenerse porque la más pequeña de todas, una niña de tres años, no quería separarse de él y lloraba, pero con tal amargura, que Bernardo llegó á creer un momento en la inocencia.

Aquel angel quería que le comprara Bernardo el globo rojo que le había ofrecido.

¡La única mujer inocente que encontró en la tierra era interesada!

José Muñoz

FRASE HECHA



APELLIDOS CONOCIDOS EN SÍMBOLOS COMPRIMIDOS

(Para tarjetas de visita económicas)



IDIARTE BORDA

Soluciones

Del final de partida número 1:

1 D. 7 A R jaq. 2 D. 8 R j 3 D. 7 D j
R. 1 A R. 2 C R. 1 C
3 R. 3 T 4 R. 6 C y ganan 4 D. 5 C j y mate á la siguiente

Del jeroglífico:—Claraboya.

La diplomacia ante todo



1—Tenga usted cuidado, señor Pepe, no se escurra la escalera!
—No hay cuidado; está segura por ahora.



2—Válgame Cristo!...
Lo que está seguro es que yo me rompo algo!



3—Bueno; vete tú á avisar á su mujer lo que ha pasado; pero dícelo de cierto modo, que ya sabes que está delicada de salud...
—Descuide usted, maestro.
—Anda, que nosotros vamos al hospital con él.



4—Para estos mandaos me pinto sólo ¡Pobre Pepe!



5—La seña Rosalía?
—En el número 2, letra b.
—Muchas gracias.



6—Pues... que á su marido se le ha caído la blusa desde lo alto del andamio cuando estaba pintando.
—Y á mi qué, que se le haya caído la blusa?
—Pero ¡recontra! Es que la llevaba puesta!